

## San Francisco Javier a los 450 años de su muerte

Alberto Núñez

*Se han cumplido recientemente los 450 años de la muerte de Francisco Javier a las puertas de China. Desde la cultura globalizada actual resulta interesante la figura de este hombre formado en la mejor cultura europea de París y empeñado en entrar en contacto con una civilización milenaria como la China, que entiende es clave de conexión con todo el Oriente. Pero Francisco Javier es también un hombre que ha puesto su vida al servicio de la Iglesia universal y que tiene una misión eclesial que desempeñar.*

### Como grano de trigo

«Murió un sábado antes de que amaneciese, el 3 de diciembre del año 1552, en la isla y puerto de Sanchón, en una casa de paja, ajena, diez años después de haber venido a estas partes»... Es el relato del cristiano chino Antonio de Santa Fe, único acompañante de Javier en aquellos últimos momentos de su vida. Y el P. Polanco, secretario de Ignacio de Loyola, General de la Compañía de Jesús en Roma, al enterarse de la noticia, exclamó en estos

términos: «*La divina bondad ha cortado el hilo de los planes del Padre Francisco. Dios se los había sugerido; Dios, sin embargo, había dispuesto que muriese antes, à imitación de Cristo, como grano de trigo sembrado en la entrada misma de la China; tocará, pues, a otros recoger frutos más abundantes*». Polanco llevaba razón, pues por esa época dormía en su cuna, en el pueblo italiano de Macerata, el niño Mateo Ricci, que, treinta años más tarde y ya jesuita, lograría finalmente entrar en China y reabrir para la Iglesia un fecundo campo de apostolado. El 24 de enero de 1601, el P. Ricci, acompañado por el P. Diego de Pantoja, jesuita español, era introducido a la corte del Emperador, en la Ciudad Prohibida de Pekín. Se cumplía el sueño de Javier. Pero, ¿quién era este gran hombre? ¿Cuál era su sueño? ¿Qué significa conmemorar hoy su aniversario? ¿Puede aportar algo su figura a la concepción actual que la Iglesia tiene de la misión?

En cuanto a lo primero, hay que advertir que su biografía ocupa cuatro gruesos volúmenes en la meritoria obra del jesuita Georg Schurhamer, *Francisco Javier. Su vida y su tiempo*<sup>1</sup>. La época de Javier (1506-1552) resulta, por sí misma, fascinante. Es un momento de profundo cambio en Europa y en las Indias: las recién descubiertas, a Occidente, y las Indias Orientales, que se abrían a nuevas rutas. No deja de ser una curiosa coincidencia el hecho de que Javier viniera al mundo justo cuando se extinguía la vida del navegante Cristóbal Colón. El santo apóstol del Oriente nacía un 7 de abril, y el descubridor del Nuevo Mundo moría el 27 de mayo del mismo año de 1506. Javier no se limitó a ser un espectador privilegiado de su tiempo: fue protagonista de él. La infancia y primera juventud de Francisco, transcurridas en el Castillo de Xabier, presenciarán una época turbulenta de cambio para el Reino de Navarra, que vive los últimos años de su independencia y los primeros de su incorporación a un nuevo proyecto nacional de España, bajo los Reyes Católicos, primero, y el Imperio de los Austrias, después.

El periodo de los estudios de Javier en París (once años en total), que le proporcionarán su formación académica universitaria y la forja cristiana de su espiritualidad, coincide con el auge de Erasmo y Calvino (que ha-

---

<sup>1</sup> La traducción completa castellana ha sido publicada conjuntamente por el Gobierno de Navarra, la Compañía de Jesús y el Arzobispado de Pamplona, en 1992. El lector puede encontrar ahí, con gran profusión de datos históricos, el itinerario vital de Javier, que resumimos aquí en unas pocas líneas.

bían sido alumnos del Colegio de Monteagudo poco tiempo antes); de Melanchton y de Lutero, en Alemania (aunque el influjo de este último en París fue notable, incluso en el Rector de la Universidad, Tomás Cop, cuyo sermón luteranizante causó gran revuelo en 1533); y de otros grandes humanistas como Tomás Moro, Lord Canciller de Inglaterra, que subraya el concepto de la función civil de la religión y de la tolerancia religiosa; o el valenciano Luis Vives (que también había sido profesor en París) con su extensa obra latina, donde explora con éxito la confluencia de la fe y la razón, y reivindica la importancia del laicado en la Iglesia, promoviendo la devoción a Cristo tal como aparece en el Nuevo Testamento. Representan lo mejor de una Europa que está dando el paso hacia la Edad Moderna enraizada en la tradición cristiana.

La Universidad de París con su talante internacional (por razón del estudiantado y su academia) es como un símbolo de esa Europa. La que vemos hoy en los rostros juveniles de los alumnos internacionales del programa «Erasmus» que cursan estudios en nuestras universidades españolas, al igual que otros jóvenes españoles lo hacen en Francia, Italia o Bélgica, tuvo su antecedente en la Universidad de París.

Lo mismo puede decirse de la Compañía de Jesús en cuanto asociación internacional (que comenzó por ser inter-europea). Porque si la nueva Orden religiosa comienza a existir oficialmente con la bula papal del 27 de Septiembre de 1540, su piedra angular estaba ya puesta el 15 de Agosto de 1534, fiesta de la Asunción de María, cuando Ignacio y sus seis compañeros celebraron la Eucaristía en Montmartre, donde se obligaron con voto a ir a Jerusalén, ofrecerse al papa para ser enviados a los ministerios que él juzgase necesarios, y llevar una vida de pobreza a la manera de los apóstoles. Los que hicieron aquellas promesas provenían de distintas naciones y de diferentes clases sociales, e incluso sus edades variaban (de los diecinueve años del menor a los cuarenta y tres del mayor). Les unían los lazos de amistad forjados durante los estudios en la misma *alma mater* parisina y la experiencia personal de Cristo según el mismo método de los Ejercicios Espirituales, que cada uno realizó durante un mes bajo la sabia dirección de Ignacio de Loyola. Javier, desde la India,

---

*contemplando los últimos meses  
de la vida de Javier podemos  
perfilar el significado de su papel  
dentro de la misión universal de  
la Iglesia*

---

se interesará en sus cartas por aquel grupo de compañeros, el primer núcleo de la Compañía de Jesús, al que se referirá en una simpática expresión como a «los Padres que venimos de París»<sup>2</sup>.

Fue en aquel ambiente humanista que exaltaba la dignidad intelectual del Cristianismo, la concordancia fundamental de la verdad científica y la verdad cristiana, la concepción de la fe como un estilo de vida, la iniciativa individual, y el ideal del cristiano militante en el ámbito de la cultura y la sociedad política, donde Javier cobra plena conciencia de su identidad creyente. Desde entonces, los intereses prioritarios del navarro estarán –a inspiración de Ignacio, que le había guiado en la experiencia personal de los Ejercicios Espirituales en 1533– orientados hacia el bien más urgente y más universal: a la mayor gloria de Dios. «Orientado», nunca mejor dicho, pues la vida de Javier tomaría para siempre la ruta de Oriente en 1540, al ser enviado por Ignacio a la misión de la India, respondiendo a la solicitud de Juan III, Rey de Portugal. Francisco es nombrado –por un Breve pontificio del Papa Paulo III que portará siempre en sus viajes– Nuncio apostólico en las regiones sometidas al rey de Portugal desde Cabo de Buena Esperanza hacia el Oriente. Se trata, pues, de una misión recibida de la Iglesia por medio del Vicario de Cristo en la Tierra.

Desde el final se entiende mejor el sentido de una ruta. Contemplando los últimos meses de la vida de Javier (de los que nos queda su propio testimonio en las cartas, y el relato de algún testigo), podemos perfilar el significado de su papel dentro de la misión universal de la Iglesia. Porque, a diferencia de su primer viaje a la India, lo que al final le lleva a Javier a la isla de Sanción es la misión –en este caso, no recibida de persona humana, sino como un impulso sentido del Espíritu– de evangelizar en China, el mayor imperio de Asia. Soñaba el santo que la isla sería un lugar de paso, una escala en la ruta hacia Cantón y finalmente a la Corte de Pekín, pero Sanción fue el último surco donde cayó el grano de trigo. El aniversario que acabamos de conmemorar es, precisamente, el de su muerte allí hace 450 años. No debe considerarse, sin más, un fracaso. Como los grandes navegantes de su tiempo que abrieron nuevas rutas al comercio y a la conquista, Javier las ha abierto para la evangelización. El santo era muy consciente de que uno es el que siembra y otro

---

<sup>2</sup> Felix Zubillaga, s.j. (ed.), *Cartas y escritos de S. Francisco Javier*, Madrid 1953, 469.

el que recoge la mies. En 1552 le escribía desde Cochín a su compañero el P. Simón Rodrigues señalándole las cualidades que habrían de tener los jesuitas que fuesen enviados al Japón; incluso llega a invitar a su amigo a unirse a él en la misión: «¿Qué será, Hermano mío maestro Simón, si aún nos juntáramos en la China?». Pero acaba con una sorprendente afirmación que nos proporciona la clave para entender de qué manera contemplaba Javier su propia misión: «Rogad a Dios nuestro Señor que me dé gracia de abrir camino a otros, ya que yo no hago nada»<sup>3</sup>.

### Por qué a China

El 29 de Enero de 1552, desde la India le escribía Javier a Íñigo de Loyola

hablándole de sus próximos planes de evangelizar en China. En esa carta realiza una sucinta descripción del país al que quiere dirigirse. Dice así:

*La China es una tierra muy grandísima, pacífica y gobernada con grandes leyes, hay un solo rey, y es, en grande manera obedecido. Es riquísimo reino, y abundantísimo de todos los mantenimientos; no hay sino una pequeña travesía de China a Japón. Estos chinos son muy ingeniosos y dados a estudios, principalmente a las leyes humanas sobre la gobernación de la república; son muy deseosos de saber*<sup>4</sup>.

Como se verá a continuación, no será tan diferente a la de sus sucesores la perspectiva adoptada por Javier cuando decide viajar a China. El proyecto apostólico surge en el contexto más general de su misión en Asia. En el país del sol naciente había comprobado Javier el influjo que tuvo China en la configuración de la cultura japonesa, pues «esta letra de China enséñase en la universidades de Japón, y los bonzos que las saben los tiene la gente por letrados», porque «es de manera que las letras quedan en vocablos; y cuando el que es japon lee estas letras, léelas en su lengua de Japón; y el que es china, en su lengua de China; de manera que cuando hablan, no se entienden, y cuando escriben, por la sola letra se entienden, porque saben la significación de

<sup>3</sup> *Ibid.*, 428.

<sup>4</sup> *Cartas*, p. 424.

*las letras, y los lenguajes siempre quedan diversos*»<sup>5</sup>. Javier había comprendido la influencia mutua de países y culturas en un mundo que, como diríamos hoy, se estaba ya «globalizando». En tiempos de Javier, lo mismo que ahora, el comercio constituía el motor fundamental de dicho proceso. El lugar donde Francisco encontrará la muerte era precisamente un sitio de paso y de intercambio comercial.

Sancián, isla de unos 39 km de longitud y 22 de anchura máxima, con su silueta irregular, desde el mar se le antoja al visitante como una mano ce-

---

*Javier concluye que es necesario  
evangelizar la China para  
convertir el Japón*

---

rrada, cuyos nudillos serían las colinas (de hasta 600 metros) cubiertas de vegetación subtropical. Está situada al Sur de China, a 8 km del Continente, frente a la provin-

cia de Kuang-Tung, cuya capital es Cantón, que se encuentra a 165 km mirando desde Sancián hacia el Nordeste. Antiguamente estuvo desierta, hasta que, a causa de la superpoblación del Continente, algunos colonos chinos se asentaron en ella a partir de 1523, segundo año del emperador Chia Ching de la dinastía Ming. Cuando llega Javier, la población local de la isla, compuesta de agricultores y pescadores, no es muy grande, pero se veía notablemente aumentada durante la estación buena por el numeroso contingente de comerciantes y de los tripulantes de las naos portuguesas que intercambiaban allí sus mercancías con los juncos chinos, debido a que a los extranjeros les estaba prohibida la entrada en el Continente bajo penas severísimas. Los portugueses construían provisionalmente cabañas a lo largo de la playa en la bahía de Sunti, donde anclaban los navíos. Cuando Javier llega a Sancián, a bordo de la nao Santa Cruz, procedente de Singapur, se alojó en la choza de su amigo Jorge Alvarez. Había también una capilla construida con palmas y esteras de paja, en la que Javier celebraba la eucaristía y enseñaba la doctrina a los niños y a los esclavos africanos de los portugueses, algunos de los cuales recibieron el bautismo de manos del santo. Y, como era su costumbre en todos los sitios, Javier pedía limosna y la repartía entre los más necesitados; atendía a los enfermos y reconciliaba a los desavenidos (lo que él llamaba «hacer amistades»). Su ministerio mira tanto a lo temporal como a

<sup>5</sup> *Ibid.*, 425.

las necesidades espirituales. Pero, sobre todo, espera, como leemos en una carta de Javier fechada en Sanción el 22 de Octubre de 1552: «Yo estoy aguardando cada día un chino que ha de venir de Cantón a llevarme. Plegue a Dios que venga, así como yo lo deseo; porque si acaso Dios no lo quiere, no sé lo que haré».

Javier había pasado diez intensos años en Oriente, repartidos entre dos periodos de organización y tres misiones propiamente dichas, de una duración similar (dos años cada una): en la India (1542-1545), en las Molucas (1545-1547) y en el Japón (1549-1551). En Japón había encontrado un campo muy esperanzador para el apostolado. El Evangelio atraía a muchos japoneses cultos, pero existía una fuerte dificultad, que nuestro santo exponía así en una de sus cartas: «Los japoneses tienen a los chinos por hombres de gran sabiduría, tanto en lo que toca a las normas morales como en lo que concierne al buen gobierno del mundo. Por eso, una de las preguntas que nos ponen a propósito de la Ley de Dios y de la Creación del mundo es: si esto es así, ¿por qué no lo saben los chinos?» Por lo tanto, Javier concluye que es necesario evangelizar la China para convertir el Japón. ¡A grandes problemas, grandes soluciones! El santo navarro, a sus cuarenta y cinco años, pensaba que tendría tiempo y fuerzas suficientes para tan ambicioso proyecto. Pero también contaba para su plan con otras ayudas. Pediría al Virrey portugués de la India que nombrase al caballero Diego Pereira, amigo de confianza del santo, embajador ante el Emperador de China. Javier, como legado papal que era, se presentaría en compañía del embajador y provisto de una buena cantidad de caros obsequios para el Emperador, aportados por Pereira: «un gran presente de muy ricas piezas –le escribe Javier en carta desde Goa, el 14 de abril de 1552, a D. Juan III, Rey de Portugal– y entre ellas una que no tiene precio, y que nunca le fue enviada de ningún rey ni señor, que es la fe de Jesucristo nuestro Redentor, presente que vuestra alteza le envía, que si él lo conociera lo estimara más que ser rey de la China, tan poderoso como es»<sup>6</sup>. Con todo esto pensaba Francisco suplicar al Emperador la liberación de los cautivos portugueses, la suavización de las leyes sobre la entrada de extranjeros y, con más autoridad, el permiso para predicar el Evangelio. El Virrey, que sabía de qué pasta estaba hecho Javier, asintió a su proyecto y la expedición se puso en marcha desde Goa con grandes esperanzas. A Ignacio de Loyola le escribe Francisco: «por la noticia que tengo, danse mucho [los chinos] a las letras; y el

<sup>6</sup> *Ibid.*, 461.

*que más letrado es, es más hidalgo y tiene más valía (...) Mucho confiados vamos en Dios nuestro Señor que se ha de manifestar su nombre en la China*<sup>7</sup>.

## Las dificultades

El 17 de Abril de 1552 sale Javier del puerto de Goa con grandes ilusiones. Llega a Malaca a fines de Mayo. En esa ciudad se vendrán abajo los planes del apóstol de la Indias. Porque chocaban con los intereses de los poderosos y no se plegaban a las ambiciones de los colonos portugueses. El sistema colonial, que debía ser vehículo de evangelización, se muestra en este caso con toda crudeza como motor de explotación y contrario a la propagación de la Buena Noticia liberadora. «No podríais creer cuán perseguido fui en Malaca», escribía a Gaspar Barceo. ¿Qué había sucedido?

---

*escribe, expresando, junto a la  
esperanza de entrar en China, sus  
fuertes temores, porque es muy  
consciente de los peligros que  
entraña la empresa*

---

Álvaro de Atayde, hijo del famoso navegante portugués Vasco de Gama, era a la sazón Capitán General de Malaca, de donde había de salir la nao hacia China, con Javier como nuncio del Papa y Diego Pereira, embajador del Rey del Portugal, y una fortuna en regalos para agasajar al Emperador chino. Atayde rehusó conceder el permiso a la salida de la nave mientras fuese como embajador Pereira. El Capitán General ambicionaba para sí ese honor (y las posibles ganancias que pudiera obtener del viaje). De nada bastó que Francisco le recordara su misión de Legado Papal, ante la que ningún cristiano debería oponerse, so pena de excomuniación. Atayde se burló cruelmente de Javier y emprendió contra él en Malaca una campaña de desprestigio, difamación e injurias. Tanto hirió a Javier, que cuando el misionero dejó la ciudad, contaron los testigos, dejó también sus botas, diciendo que no permitiese Dios que él llevase el polvo de tan mala tierra como Malaca a infectar otra ciudad. La carta a su amigo Diego Pereira es desgarradora: «os destruí, señor, con gastos de cuatro o cinco mil pardaos que por ruegos míos gastasteis en piezas para el rey de la China, y ahora la nao y toda vuestra hacienda. Pídoos, señor, os acordéis que mi intención fue siempre

rehusó conceder el permiso a la salida de la nave mientras fuese como embajador Pereira. El Capitán General ambicionaba para sí ese honor (y las posibles ganancias que pudiera obtener del viaje). De nada bastó que Francisco le recordara su misión de Legado Papal, ante la que ningún cristiano debería oponerse, so pena de excomuniación. Atayde se burló cruelmente de Javier y emprendió contra él en Malaca una campaña de desprestigio, difamación e injurias. Tanto hirió a Javier, que cuando el misionero dejó la ciudad, contaron los testigos, dejó también sus botas, diciendo que no permitiese Dios que él llevase el polvo de tan mala tierra como Malaca a infectar otra ciudad. La carta a su amigo Diego Pereira es desgarradora: «os destruí, señor, con gastos de cuatro o cinco mil pardaos que por ruegos míos gastasteis en piezas para el rey de la China, y ahora la nao y toda vuestra hacienda. Pídoos, señor, os acordéis que mi intención fue siempre

<sup>7</sup> Ibid., 466.

*serviros, como Dios nuestro Señor lo sabe y vuestra merced también; y si eso no fuese así, de pena moriría»<sup>8</sup>.*

Decidido a viajar a China, aunque sea sin embajada, alberga el proyecto de pasar al Continente a escondidas en un junco chino, encontrando a algún comerciante que le quisiera llevar a cambio de dinero. Iría en compañía de Antonio de Santa Fe, un joven fiel chino que se había criado en Goa. Pasando por Singapur, Javier llega a Sanción a fines de Agosto. Desde allí escribe al P. Francisco Pérez, el 22 de octubre de 1552, expresando, junto a la esperanza de entrar en China, sus fuertes temores, porque es muy consciente de los peligros que entraña la empresa. Por ejemplo, el comerciante de Cantón con quien había apalabrado el viaje (por doscientos cruzados o 24 quintales de pimienta), a pesar de las buenas referencias, bien podría, una vez cobrado el dinero, abandonar a Javier y a sus compañeros en una isla desierta –o, en el peor de los casos, arrojarlos al mar– para evitar responsabilidades si llegase a ser descubierto por las autoridades chinas. O, en el supuesto de que consiguiesen llegar hasta Cantón, el Gobernador podría encarcelarlos y torturarlos, por haber violado la prohibición imperial sobre la entrada de extranjeros en China; Javier conocía de primera mano los horripilantes relatos sobre aquellas mazmorras por medio de portugueses cautivos que lograron salir vivos. Pero mientras que estos eran peligros relativos a su integridad corporal, Javier reconoce otros peligros, de naturaleza espiritual, nada despreciables: *«el primero es dejar de esperar y confiar en la misericordia de Dios, pues por su amor y servicio vamos a manifestar su ley, y a Jesucristo (...) Pues por su santa misericordia nos comunicó estos deseos, desconfiar ahora de su misericordia y poder, por los peligros en que nos podemos ver por su servicio, es mucho mayor peligro de los que son los males que nos pueden hacer todos los enemigos de Dios»<sup>9</sup>...* De todas maneras, Francisco está firmemente resuelto a partir hacia la China, y para animarse se repite las palabras de San Pablo: *«Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?»* (Rom 8, 31).

### **Humildad, confianza, gratitud**

Antes de partir de Goa hacia China, Javier le había dejado escritos al P. Barceo unos «avisos para la humildad». Allí le recomendaba *«pedir a Dios*

<sup>8</sup> *Ibid.*, 512.

<sup>9</sup> *Ibid.*, 530.

con mucha eficacia que me dé a sentir dentro de mi alma los impedimentos que pongo de mi parte, por los cuales deja de hacerme mayores mercedes y de servirse de mí en grandes cosas»<sup>10</sup>. Desde Japón había escrito a sus compañeros jesuitas lo que podría ser la explicación del consejo dado arriba. Es como el testamento espiritual de Javier, que ostenta aquí una impresionante sinceridad, exenta de cualquier aire de grandeza. Va a lo esencial, a lo que importa. Retrata su interior, que no es ni el del héroe intrépido ni el del aventurero codicioso, ávido de nuevas experiencias. El suyo es un corazón cristiano. ¿Pecador? Sí; pero agraciado. ¿Herido de soledad? Ciertamente; pero tocado de un amor más grande que le llama a salir de sí mismo y a llevar a cabo mayores cosas apoyándose en Dios, su fundamento: «Bien nos muestra Dios en esta parte su infinita clemencia y particular memoria que de nosotros tiene, dándonos a conocer y sentir dentro en nuestras almas cuán para poco somos (...) para que no descuidemos de Él haciendo fundamento en nosotros mismos (...) y no tenemos en qué poder confiar y esperar sino en Dios, por cuanto acá no tenemos parientes ni amigos ni conocidos, ni hay ninguna piedad cristiana»<sup>11</sup>. El P. Xavier Léon-Dufour, s.j., ha resumido así la anterior paradoja descrita en el corazón de Javier:

*Francisco recorre el mundo, pero cada día en su interior se ahonda una soledad, o más bien brota la confianza absoluta. Sin duda, «¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si al final pierde su alma?»; pero al seguir a Cristo hasta el final, llega a descubrir, en una alegría continua, la Trinidad que actúa en su vida y en el Universo transfigurado por el Amor»<sup>12</sup>.*

Francisco hace gala de un talante agradecido. Todo lo considera don; toda su vida, hilada y deshilada en lugares distantes, entre gentes variopintas, ante circunstancias favorables y adversas, conociendo el éxito y también el fracaso, resulta finalmente un tapiz en cuya trama pueden distinguirse nítidamente los caracteres de una palabra: *merced*. Es decir, favor, gracia, don de Dios: «Pensábamos nosotros hacerle algún servicio [a Dios] en venir a estas partes a acrecentar su santa fe, y ahora por su bondad nos dio claramente a conocer y sentir la merced que nos tiene hecha, tan inmensa, de traernos a Japón»<sup>13</sup>. Se lo repetiría también más tarde (29 de enero de 1552)

<sup>10</sup> *Ibid.*, 484.

<sup>11</sup> *Ibid.*, 380.

<sup>12</sup> X. Léon-Dufour, s.j., «San Francisco Javier», en *Semblanzas espirituales de los santos y beatos de la Compañía de Jesús*, Madrid 1974, 198.

<sup>13</sup> *Cartas*, pp. 380-1.

a su Padre y amigo del alma Ignacio de Loyola: «Jamás podría escribir lo mucho que debo a los de Japón, pues Dios Nuestro Señor, por respeto de ellos, me dio mucho conocimiento de mis infinitas maldades; porque estando fuera de mí, no conocí muchos males que había en mí, hasta que me vi en los trabajos y peligros de Japón»<sup>14</sup>.

Esos «muchos males» no son retórica del santo, sino una dolorosa realidad. Puede que una cierta hagiografía ingenua y complaciente con el triunfalismo eclesial de otra época, haya silenciado estos males que Javier advertía y que otros notaban en él: la dureza de un carácter demasiado colérico a veces; la impaciencia que le impedía dejar tras de sí centros suficientemente estables y bien organizados, por irse en pos de planes ambiciosos en lugares muy distantes; el querer retener su condición de superior residente y, al mismo tiempo, ser pionero en otras tierras. Algunos colaboradores muy cercanos consideraban una deserción su afán por viajar (¿huyendo acaso de las contrariedades con los colonos portugueses?). Tampoco su relación con los miembros de otras religiones resulta siempre modélica: condena en bloque, cual cosa del demonio, venerables tradiciones religiosas como el Hinduismo y el Budismo, sin haberlas conocido suficientemente a fondo (en contraste con la actitud dialogante y siempre dispuesta a aprender que mostrarían, pocos años después, los jesuitas más ilustres que viajaron al Extremo Oriente). Sólo en parte puede achacarse esto a la mentalidad común de los católicos de aquella época, cuando se entendía al pie de la letra lo de que «fuera de la Iglesia no hay salvación», pues Javier había sido formado en un excelente centro académico, la Universidad de París, en pleno auge del humanismo renacentista. ¡Si había alguien preparado para el diálogo, ése era él!

---

*quien ganase los certámenes  
atléticos en la Universidad de  
París muere agotado a los 45 años,  
en la plenitud de la vida*

---

De hecho fueron los letrados japoneses quienes sacaron del fondo de Javier no sólo algunas furiosas diatribas (dirigidas más al humano proceder de algunos bonzos, visto como contrario a los designios de Dios, que a su religión), sino también lo mejor de su capacidad dialogante y la

<sup>14</sup> *Ibid.*, 421.

finura de un pensamiento teológico que quizá no había tenido cancha suficiente para desarrollar entre los rudos aborígenes de las Molucas o los pescadores analfabetos de Travancor y Comorín o los colonos portugueses de Goa y Cochín. «*Estos de Amanguche –escribe Javier el 29 de enero de 1552– antes que se bautizasen tuvieron una grande duda contra la suma bondad de Dios diciendo que no era misericordioso (...) que Dios no tuvo piedad de sus antepasados, pues los dejó ir al infierno sin darles conocimiento de Sí (...) Dímosles nosotros razón por donde les probábamos que la ley de Dios era la primera de todas (...) que antes que las leyes de la China viniesen a Japón, los japoneses sabían que matar, hurtar, levantar falsos testimonios y obrar contra los diez mandamientos era mal y tenían remordimientos de conciencia (...); porque apartarse del mal y hacer el bien estaba escrito en el corazón de los hombres. Cuadros tanto esta razón a todos que quedaron muy satisfechos*»<sup>15</sup>. Javier responde desde lo mejor de la tradición cristiana, que ha ideado siempre soluciones por medio de las cuales la universal voluntad salvífica de Dios pueda realizarse en toda situación. La doctrina conciliar del Vaticano II ha ratificado el mismo argumento en la *Lumen Gentium*, n.º 16. Y más recientemente el documento pontificio *Diálogo y anuncio* (1991)<sup>16</sup>, daba un paso más afirmando que «*a través de la práctica de lo bueno en sus propias tradiciones religiosas, y siguiendo los dictámenes de su conciencia, los miembros de otras religiones responden positivamente a la invitación de Dios y reciben la salvación en Jesucristo, aun cuando no lo reconozcan como su salvador*» (nº 29).

Es una lástima que Javier tampoco hubiera tenido ocasión de establecer contacto con los centros cultos del Hinduismo en el Norte de la India, donde habría encontrado mejores interlocutores para sus debates teológicos. No llegó a conocer la extraordinaria literatura sagrada en sánscrito; nadie le introdujo, por ejemplo, la joya del Hinduismo clásico que es el *Bhagavad Gita*, donde el Señor Krisna se da a conocer a su fiel Arjuna con estas bellas palabras: *Nada hay en todo este vasto universo superior a mí. Todos los mundos se asientan en mí, como perlas ensartadas en el hilo de un collar* (BG VII, 7). *Yo soy el Camino, y el Maestro que observa en silencio; tu amigo y tu amparo y tu morada de paz. Soy el principio, el medio y el final de todas las cosas: su semilla de eternidad, su tesoro supremo* (IX, 18).

---

<sup>15</sup> *Ibid.*, 410.

<sup>16</sup> Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso / Congregación para la Evangelización de los Pueblos, «Diálogo y anuncio. Reflexiones y orientaciones sobre el diálogo interreligioso y el anuncio del evangelio», *Ecclesia* 51 (1991) 1437-1454.

Sólo la humildad clarividente, que percibe los propios límites y pecados, conduce a la gratitud y a la confianza. Javier la pide para sí y ruega a sus compañeros que la pidan: *«esperando solamente en Aquel de quien todo bien procede, y no engaña a los que en Él confían, mas antes es más largo en dar, de lo que son los hombres en pedir y esperar (...) que nos ayudéis a dar gracias de tantas mercedes, para que no caigamos en pecado de ingratitud; pues en los que desean servir a Dios este pecado es causa por donde Dios Nuestro Señor deja de hacer mayores mercedes de las que hace»*. Sabemos con certeza, con la perspectiva que dan los siglos, que Dios hizo mucho a través de Javier. Pero sobre todo en Javier. Ahí radica la esencia de su santidad, porque –y volvemos a citar a Léon-Dufour– *«Francisco Javier lucha contra esta fiebre de conquistador, que tiende a hacer perder el sentido de lo gratuito y, en consecuencia, el sentido de la Redención por la cruz. Sus contemporáneos lo observaron con toda claridad: Javier atravesó el mundo como un contemplativo entregado a la acción (...) Para él es evidente que el apóstol es un hombre que actúa apoyado en Dios. Su mensaje peculiar es que sólo Dios actúa en el apóstol»*<sup>17</sup>.

La Federación de Conferencias Episcopales de Asia (FABC) señalaba en un documento reciente que *«evangelizamos, en primer lugar, desde un profundo sentido de gratitud hacia Dios Padre 'que nos ha bendecido en Cristo con todo bien espiritual' (Ef 1, 3) y envió el Espíritu a nuestros corazones para hacernos partícipes de la misma vida de Dios. La misión es ante todo el desbordarse esta vida de los corazones agradecidos, transformados por la gracia de Dios (...) Sin una experiencia personal de este amor recibido como don y misericordia, no puede florecer ningún sentido de misión»*<sup>18</sup>. La gratitud, la humildad y la confianza que forjaron el corazón del santo se traslucen en esa entrañable descripción de su misión que resume desde Sancián: *«Nosotros, en estas partes, lo que pretendemos es traer las gentes en conocimiento de su Criador, Redentor y Salvador Jesucristo Nuestro Señor. Vivimos con mucha confianza, esperando en Él que nos ha de dar fuerzas, gracias, ayuda y favor para llevar esto adelante (...) Él bien lo sabe, pues les son manifiestos todos nuestros corazones, intenciones y pobres deseos que son de librar las almas»*. ¡Cuánta compasión y amor al hombre encierran esas palabras! He ahí, desnuda de su condi-

---

<sup>17</sup> Xavier Léon-Dufour, s.j., *San Francisco Javier. Itinerario místico del apóstol*, Bilbao-Santander 1998, 262.

<sup>18</sup> The Office of Human Development of the Federation of Asian Bishops's Conferences, *Discovering the Face of Jesus in Asia Today. A Guide to Doing Mission in Asia* (1999), I, 1.4. [puede consultarse en la web: FABC Paper N° 84.

cionamiento cultural (y colonial), la genuina «teología de la liberación» profesada por Javier y que configura el sentido de su misión.

## El final

El final del apóstol de la Indias y el Japón no tiene nada de heroico. Fallece como consecuencia de un proceso infeccioso, que, a juzgar por la sintomatología reflejada en el relato de los testigos, pudo tratarse de una pulmonía. Se conserva la crónica de los últimos días de Javier, realizada por Antonio y que recogió por escrito el P. Teixeira. Quien ganase los certámenes atléticos en la Universidad de París muere agotado a los 45 años, en la plenitud de la vida. Quien disfrutara como nadie de la amistad, gran amigo de sus amigos, muere a miles de leguas de sus seres queridos, y lejos de su amada Compañía de Jesús (*«las recreaciones que en estas partes tengo son en acordarme de vosotros, carísimos hermanos míos»*), les escribía a sus compañeros en el Señor que *«por su misericordia nos juntó y por su servicio nos separó»*). Quien diseñara ambiciosos proyectos evangelizadores muere sin ver ni siquiera iniciado el más importante de todos. Traicionado por los poderosos, abandonado por los mercaderes (*«partidos para la India casi todos los navíos que en aquel puerto estaban y los más de los portugueses que allí había, y entre ellos Jorge Alvarez, que era el que hospedaba al Padre, quedó este bienaventurado varón en tierra»*, relató Antonio de Santa Fe). Quedó en tierra el pobre nuncio de su Santidad, esperando a un junco que nunca vendría, con su atillo de ropa, unos calzones de lana que le habían dado por caridad para protegerse del incipiente frío, y unos pocos libros, como todo su haber. A la vista de aquella tierra prometida a la propagación de la fe, sin poder pisarla, como Moisés, muere Javier. Sufrimiento, pobreza, abandono y fracaso... ¿No fueron éso los elementos de otra Pasión, la de aquél que dijo: *Os aseguro que si el grano de trigo caído en tierra no muere, queda él solo; si muere, da mucho fruto?* Así lo vieron también sus compañeros: *«El grano de trigo, mis muy amados Hermanos, murió y cayó en la entrada de la China: conviene a saber, nuestro bienaventurado Padre Maestro Francisco; señal es que dará Dios Nuestro Señor grandes espigas de él si las fuéramos a coger»* (Carta del P. Melchor a los Padres y Hermanos de la Compañía de Jesús de Portugal, Malaca, 3 de diciembre de 1554).

## El fruto

Hace medio siglo, con motivo del 400 aniversario de la muerte de Javier, escribía poéticamente el P. Ramón Cué, s.j.: *Tú, Muerte, has amontonado bajo la cúpula redonda del Panteón de París todos los hombres grandes de Francia. En España no puedes hacer lo mismo, porque los hombres grandes de España están diseminados y sembrados en todos los climas, en todos los continentes, en todas las latitudes (...) Y morían en plena conquista; dejando en los labios del mundo venidero la eterna pregunta: ¿Qué hubieran hecho estos hombres si hubieran vivido más? Y esas hazañas que no hicieron pero que pudieron hacer se suman al caudal de su gloria*<sup>19</sup>.

¡Qué no hubiera hecho este hombre!... Le movió a Javier la urgencia por evangelizar, verbo que deberíamos entender también hoy como central a la acción cristiana y no como una estética orla que decorase la obra de una promoción social bien hecha en nombre de la solidaridad. En medio del auge actual de las ONG en nuestro país, lo que sin duda es una buena noti-

---

*puede que la prematura muerte de Javier, vista en la perspectiva de lo que pudiera haber hecho por la Iglesia en China, aparezca como el fracaso de un sueño apostólico*

---

cia, por las energías y recursos que movilizan en ayuda de los más desfavorecidos de la Tierra, sobre todo en los países del Sur; y sabiendo que algunas de esas beneméritas organizaciones proceden de ambientes cristianos, ¿nos podremos sustraer a la tentación de suplantar la ingrata (y gratuita) misión de evangelizar por la reconfortante ayuda al desarrollo? Parece que en nuestras iglesias locales el protagonismo de eso que antes se llamaba «las misiones» se lo llevan algunas regiones de África negra y Latinoamérica, donde la evangelización se acompaña de una importante cooperación al desarrollo: programas de sanidad, educativos, proyectos agrícolas, forestales, ganaderos... Sin embargo, se habla comparativamente poco de los países asiáticos que tienen la misma necesidad de esas cosas. Y menos todavía de otros más ricos donde se concentran enormes poblaciones quizás con menos urgencias humanitarias, es cierto, pero

---

<sup>19</sup> Ramón Cué Romano, s.j., *No ha muerto Javier. En el IV centenario de su muerte*, Santander 1952, 20.

con una iglesia minúscula y débil, necesitada de apoyos para proclamar la Buena Noticia a millones de seres humanos que no conocen a Jesucristo. Queda muy lejos este aparente desinterés de aquella urgencia misionera que le llevaba a Javier a un pueblo considerado «*riquísimo reino y abundantísimo de todos los mantenimientos*». Ciertamente no se trataba de ningún Tercer Mundo, sino el primero en Asia, y por su influjo en las naciones circundantes (efecto multiplicador del bien, de igual manera que la corrupción de los mejores es lo peor) consideraba Javier que era prioritaria su evangelización.

El Papa Juan Pablo II, en la encíclica *Redemptoris Missio* denuncia una cierta tendencia negativa hoy en algunos ambientes eclesiales, que el documento quiere contribuir a superar: «*la misión específica ad gentes parece que se va parando, no ciertamente en sintonía con las indicaciones del Concilio y del Magisterio*» (RM, 2). Y citando al Concilio Vaticano II nos recuerda que el diálogo interreligioso «*debe ser conducido y llevado a término con la convicción de que la Iglesia es el camino ordinario de salvación y que sólo ella posee la plenitud de los medios de salvación*» (RM, 55). La misión es una tarea de la entera comunidad cristiana, aunque reconozca –desde el tiempo de la Iglesia primitiva– en su seno a algunos misioneros, como Pablo y Bernabé, especialmente enviados a los gentiles (cf. RM, 61). También la FABC (Federación de las Conferencias Episcopales de Asia), institución que ha supuesto un hito en la historia del cristianismo en Asia y cuyo influjo se ha hecho sentir incluso fuera del continente, se basa en los siguientes criterios básicos de actuación misionera: la conciencia de una nueva realidad histórica en Asia después del periodo colonial; la afirmación del diálogo como el modo básico de la misión, cuyo sujeto ha de ser la Iglesia local (la totalidad del Pueblo de Dios, no sólo la jerarquía); y el centrar la dinámica evangelizadora en el anuncio de Jesucristo. Ya en la primera asamblea (Taipei, 1974) se afirmaba: «*en este diálogo aceptamos a las tradiciones religiosas como elementos importantes y positivos en la economía del plan divino de salvación*». Incluso cuando a través del Instituto Episcopal para la Acción Social (BISA) de la FABC se lanza el primer programa de Encuentros de Fe en la Acción Social (FEISA I, Pattaya, Tailandia 1994), el diálogo interreligioso está en el centro. Si la vida, en la tradicional concepción asiática, constituye una peregrinación, se presenta como un camino compartido por las principales religiones hacia la casa de Dios. En un doble sentido: hacia el interior de la conciencia, donde se puede llegar a contemplar el misterio de lo divino, y también

hacia fuera como búsqueda incesante de los signos del Espíritu en la lucha por la justicia<sup>20</sup>.

Puede que la prematura muerte de Javier, vista en la perspectiva de lo que pudiera haber hecho por la Iglesia en China, aparezca como el fracaso de un sueño apostólico. Sin embargo, al conocerse en Europa la noticia, muchos se ofrecerían voluntarios para una misión tan importante cuyo entusiasmo sólo el santo navarro fue capaz de suscitar. Ningún jesuita pensó que Javier había sido temerario. En aquel año de 1552 China estaba todavía herméticamente sellada; de hecho todos los intentos posteriores de penetración misionera tuvieron nulo éxito hasta la llegada del P. Mateo Ricci y sus compañeros en 1583, que pusieron gran celo en no mostrarse de ningún modo representantes de las dos potencias coloniales odiadas (y temidas) por las autoridades chinas: España y Portugal. Sospechaban los chinos que aquéllas querían conquistarles. Conscientes de que el enorme y antiquísimo país poseía una cultura distinta (incluso en la forma de considerar el papel de la religión en la sociedad) los jesuitas se tomaron en serio la labor de asimilarla personalmente, evitando proceder por impulso en cuanto a la conversión de los nativos a la fe cristiana, y mucho menos llamar la atención u obstruir la labor de los gobernantes. En esto seguían las sabias recomendaciones de Javier, fruto de la experiencia, como cuando el santo le escribía al P. Melchor Nunes: «*y mirad que os recomiendo que seáis muy amigo del Vicario, y de todos los Padres y del capitán y de los oficiales del Rey, y de todo el pueblo, porque en saber ganar la voluntad a los hombres, haciéndooos amar de ellos, está el fruto de las predicaciones*»<sup>21</sup>. Constituye una hermosa propuesta de la amistad como medio privilegiado de evangelización, en el más puro estilo del maestro de Javier, San Ignacio de Loyola.

El primer objetivo de los sucesores de Javier en China fue ganarse la amistad de los círculos cultos, para después llegar a la Corte Imperial. Una vez que el Emperador se convirtiera, lo más probable es que todo el pueblo siguiera sus pasos. Se explica entonces que para ganar aceptación en los salones de la alta sociedad –y en China los altos funcionarios lo eran entonces por estricta oposición más que por su condición social o al-

<sup>20</sup> Véase D. Colombo (ed.), *Documenti della Chiesa in Asia. Federazione delle Conferenze Episcopali Asiatiche 1970-1995*, Bologna 1997, 792.

<sup>21</sup> *Cartas*, 446.

curnia familiar-, Ricci se presentase como literato y no tanto como religioso (que no disfrutaba en la sociedad china del mismo prestigio que en Occidente); como hombre de letras, filósofo, moralista, en vez del sacerdote que viene a predicar el verdadero Dios a los paganos<sup>22</sup>. Sus amigos letrados le abrieron muchas puertas hasta entonces cerradas a la fe. Pero la inmensa contribución del P. Ricci, no sólo a la evangelización, sino también al encuentro entre culturas (China y Occidente) había partido de la convicción de que había que tomarse en serio la cultura china para descubrir en ella «las semillas del Verbo». En 1610, cuando Ricci yacía en su lecho de muerte en Pekín, les decía a sus compañeros: «*Os dejo la puerta abierta a la mayor gloria de Dios, pero no sin numerosos peligros ni mucho trabajo*». Pudieron comprobarlo muy bien los sucesores de Ricci, misioneros extranjeros y nativos bautizados, muchos de los cuales engrosan las filas de los mártires. No compusieron sólo un fascinante capítulo de la historia de las misiones; siguen estimulando a la Iglesia Universal, y a la Compañía de Jesús en particular, a un mayor y más creativo impulso misionero en Asia. Si hoy allí la Iglesia católica es también auténticamente china, se debe a Javier, porque –como escribiera una vez– «*la osadía que parecerá en nosotros de no temer manifestar su santo nombre en tierra ajena, es necesario se convierta en obediencia, pues Dios es así servido*»<sup>23</sup>. ■

<sup>22</sup> Cf. Jacques Gernet, *China and the Christian Impact*, Cambridge 1985, 15 ss.

<sup>23</sup> Carta escrita en Goa el 8 de abril de 1552 a Felipe II, y hallada en El Escorial por el escritor chileno don Isaac Echegaray y publicada en «ABC», 14 de octubre de 1952.